



EN TEORÍA

La madrastra pedagógica

por Felicidad Orquín *

La relación literatura infantil-escuela nunca ha sido fácil. La actitud posesiva, superprotectora e interesada de esta «madrastra pedagógica» ha conseguido convertir a la literatura infantil en una «eterna menor».

A pesar de que no se puede negar el decisivo papel de esta —sin duda bienintencionada— «madrastra» en la consolidación de la literatura infantil, sí parece oportuno, según la autora de este artículo, cuestionar la creciente escolarización de la lectura y la escasísima importancia que se da en la escuela a la educación del gusto y al fomento de los hábitos culturales. Porque, tanto saber leer como saber disfrutar de la lectura requieren un aprendizaje que la escuela —ámbito educativo por excelencia— debería asumir.

El arte es educativo en la medida en que es arte puro, ya que el arte instructivo, por el contrario, no puede educar a nadie». Esta sugerente frase de Benedetto Croce puede ser el punto de partida de un nuevo debate, ya que en ella misma se encierra todo un tratado sobre la función del arte y su relación con la educación, en la más amplia acepción del término: desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales del niño o del adulto y afinar los sentidos, o lo que es lo mismo, educar el gusto.

Los signos de interrogación parecen ser compañeros inseparables de la literatura infantil: ¿fantasía o realismo?; ¿cuentos de hadas o novelas de anticipación científica?; ¿arte o pedagogía? Y si, hace años, la duda se centraba en la propia existencia del género —¿existe una literatura infantil?—, en la actualidad, el debate se articula en torno a la lectura y, de nuevo, a la dependencia de la literatura infantil del aparato escolar.

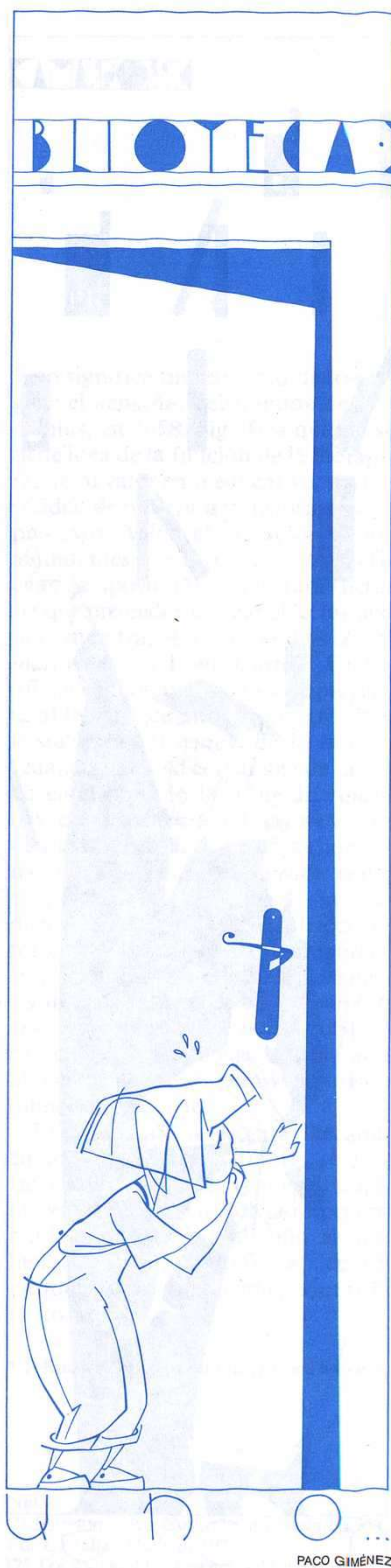
Breve historia de una dependencia

La literatura infantil escrita nace en

los bancos de las escuelas, para unos en el siglo XVIII, para otros en el XIX, con la extensión de la enseñanza para todos y la aparición de un público lector homogéneo, siendo sus guías la intención pedagógica y el contenido edificante. Esta obligatoria dependencia del arte a la pedagogía ha sido la causa de que la relación literatura infantil-escuela haya sido siempre una relación difícil. Por su parte, el niño ha ido haciendo suya otra literatura: *Robinson Crusoe*, los *Viajes de Gulliver*, la tradición popular, Perrault, Grimm... y ha contado con autores propios de excepción: Andersen, Verne, Stevenson, Carroll... Ahora bien, será en este siglo —Astrid Lindgren, Erich Kästner o Selma Lagerlöf— y más concretamente a partir de la década de los sesenta, con la paulatina implantación de otra valoración de la infancia —que concierne al niño en toda su complejidad de «sujeto en devenir»—, cuando se generalice un nuevo concepto de literatura infantil que, a la vez que pone mayor énfasis en los aspectos literarios, en la calidad de la escritura, inicia una apertura a la experiencia de lo real y a la diversidad temática. Asimismo, la lectura se contempla como placer y, por tanto, emancipada de la pedagogía escolar.

Fue en las décadas de los 50-60, y en España en los años 70, cuando surgió el debate sobre la legitimidad de la literatura escrita expresamente para niños, en un momento en que, curiosamente, mientras el género se planteaba su función estética, los movimientos antiautoritarios clamaban por la «descolonización» de la infancia y la abolición de los ghettos culturales, defendiendo el acceso del niño a todo tipo de literatura. Estas posturas respondían también a la baja calidad, trivialidad y pobreza estética de gran parte de los libros para niños aparecidos después de la Segunda Guerra Mundial.

En España, con una corta tradición de literatura infantil, los movimientos de renovación pedagógica de los 70



fueron los impulsores de estas nuevas corrientes, contribuyendo, en gran medida, a la creación de un estado de opinión favorable a este género literario, considerado hasta hacía bien poco como un subgénero. Importan-

te fue también la contribución de un libro, apasionado y deslumbrante, *La infancia recuperada* (1976) de Fernando Savater, que representó para muchos la legitimación de una literatura menor.

La vocación pedagógica del arte

Si la infancia es un período de aprendizaje, «todo mensaje que se dirija a ella, a lo largo de este período, tiene necesariamente una vocación pedagógica», según el gran teórico francés Marc Soriano, sin que ello suponga el olvido, sino todo lo contrario, de que «el arte es educativo en la medida en que es arte puro». Y aunque la literatura infantil se defina a sí misma como literatura de entretenimiento y, por tanto, el mensaje que ella transmite es que no hay mensaje, Soriano opina que en cuanto que el libro establece una comunicación entre autor y lector emite un mensaje, y que la relación que establece la literatura infantil con su público es una comunicación de gran complejidad porque es, además, una comunicación entre adultos y niños.

Un análisis incorrecto de esta función de la literatura como *comunicación* puede llevar la literatura para niños a un nuevo reduccionismo, como de hecho ya está sucediendo por parte de quienes, buscando su especificidad, cortan los nexos con la literatura sin más. Es un falso problema plantearse que la literatura infantil, en cuanto que también es un hecho educativo, es únicamente comunicación, dejando para la literatura dirigida a los adultos la función de la literatura como *expresión* y estableciendo, como consecuencia, una jerarquía de valores. Para Robert Escarpit⁽¹⁾, el hecho literario sólo puede descubrirse en la *comunicación*, en las relaciones complejas de los dos procesos productivos: escritura y lectura. Es, pues, una aseveración aplicable a toda obra literaria, que se completa con otra definición: «La comunicación literaria

Lectura-trabajo, lectura-placer

Escarpit⁽³⁾ avanza más hacia el lector cuando trata de distinguir entre lo literario y lo no literario, definiéndolo como la aptitud de una obra para la gratuidad y añadiendo que esta condición debe ser respetada por el lector con motivaciones literarias, no haciendo de la lectura un medio sino un fin. Conviene decir que este diálogo que el autor entabla con el lector trata de emocionar, convencer, informar, liberar; es un diálogo que lleva una intención. Y, por supuesto, esta comunicación debe proporcionar cierto placer que la haga deseable.

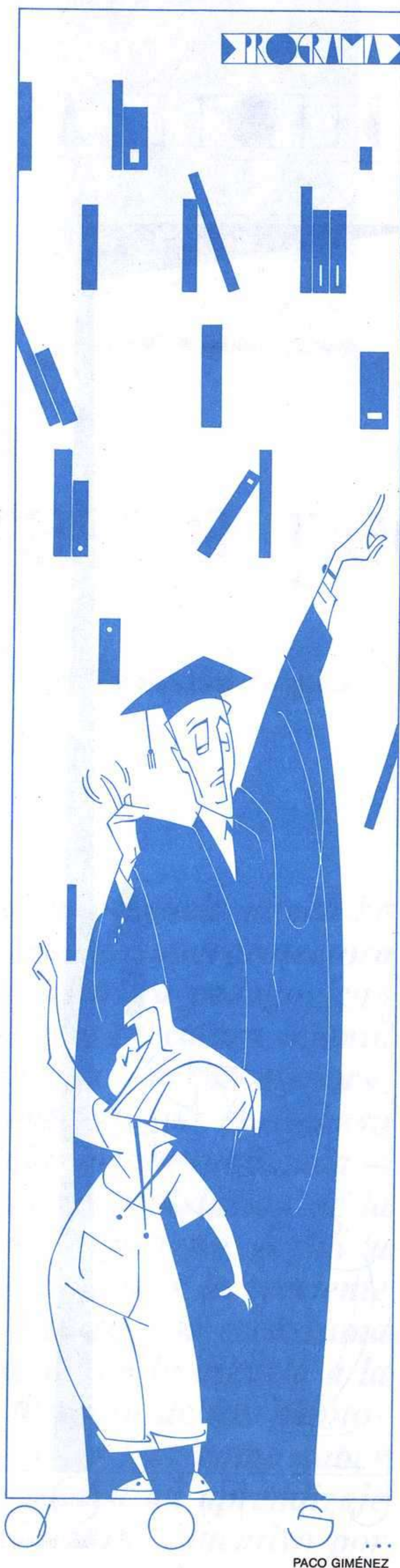
Desde comienzos de los 60 y para una mayor profundización de la motivación de la lectura, se han multiplicado las teorías sobre la pareja lector-autor y se han definido varios tipos de lectores, como señala Umberto Eco⁽⁴⁾: «Y así el funcionamiento de cualquier texto se explica a partir del papel desempeñado por el lector en su comprensión, actualización e interpretación, tanto como por el modo en que el propio texto prevé esta participación». Y otro teórico de la lectura y la crítica literaria, Wolfgang Iser apunta también que si el texto de ficción existe mediante el efecto que es capaz de desencadenar en el lector, ello implica una reelaboración por parte de éste.

En realidad, nos están hablando de una lectura diferente a la que el niño aprende en la escuela, donde se le enseña una lectura funcional, una lectura-trabajo o informativa, que se corresponde con el modelo teórico de la información entre emisor y receptor y que discurre siempre en un sentido único. Sin embargo, en la lectura literaria, que la escuela no enseña (pensemos que aún), tiene siempre lugar «una interacción en cuyo transcurso el lector *recibe* el sentido del texto en cuanto lo constituye»⁽⁵⁾.

La lectura-placer, leer literatura, exige, pues, un aprendizaje distinto; pero exige, además, unas condiciones

tiene por motivación principal la *expresión*, es decir, la materialización en forma sensible de una experiencia psicológica individual, a veces inconsciente, en un entorno histórico dado».

Es interesante conocer lo que los propios autores piensan de la función de la literatura, porque evidencia tal amplitud de criterios que hace imposible definir unívocamente qué es literatura. Para Mario Margas Llosa, la literatura es la vida: «Uno escribe porque le ocurren ciertas cosas o quiere que le ocurran ciertas cosas. De ese paso, entre lo que el hombre es y lo que quiere ser, nace la literatura». El poeta José Hierro escribe para entenderse a sí mismo y objetiva lo que le rodea. Otro poeta, Vicente Aleixandre, ha dicho que la poesía es comunicación. Y para el novelista Mario Benedetti, el arte sirve, entre otras cosas, para contar aproximadamente la historia. Stendhal veía la literatura como un espejo a lo largo del camino y, por el contrario, para Borges el arte debe ser como un espejo que nos revela nuestra propia cara. Un escritor francés, Michel Tournier, ha hecho un interesante experimento literario que, indirectamente, nos ofrece una excelente definición de literatura infantil. Su novela titulada *Viernes o los limbos del Pacífico* era una nueva versión del célebre *Robinson Crusoe* y en ella introducía todo un bagaje de ideas filosóficas y psicoanalíticas modernas. Una relectura posterior a su publicación —rápidamente alcanzó gran éxito y ha sido traducida a 19 lenguas—, le mostró que la carga filosófica era demasiado evidente en la narración, según él mismo ha relatado: «pronto se me ocurrió la idea de rehacer el libro, aligerándolo y desbastándolo, agregándole episodios puramente narrativos, integrando más profundamente la carga filosófica, que no cambiaría pero que tampoco quedaría a la vista. Valiéndome pues, de *Viernes o los limbos del Pacífico* como de una especie de borrador, escribí un nuevo libro *Viernes o la vida salva-*



PACO GIMÉNEZ

je⁽²⁾ en el que no hay una sola línea copiada del anterior». Era un libro juvenil, excepcional, sin concesiones, o una idea preconcebida de la comunicación literaria para niños.



PACO GIMÉNEZ

de libre elección y gratuidad que se oponen frontalmente a la actual utilización, en demasiados casos, de la literatura infantil como pre-texto para impartir conocimientos amicamente.

Esto significa un retroceso de tres siglos: el «enseñar deleitando» de Comenius, en 1658. Significa que no se tiene idea de la función de la literatura, de su valor en sí educativo, sin necesidad de recurrir a transformarla en pre-texto. Valga el ejemplo, de los abundantes que existen, de unas «fichas de apoyo»(?) a la lectura literaria que pretenden acercar al lector una obra maestra, *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. En las «fichas de comprensión» se le pregunta al lector: ¿cuántos kilómetros hay hasta llegar al centro de la tierra?, ¿cuántas veces Alicia cambia de tamaño en el capítulo 1?, ¿qué diferencia hay entre la «baraja francesa» y la «baraja española»? ¿cuántas hermanas tenía la Alicia de la vida real?, etc., etc. Y en las «fichas de profundización» se espera que el sufrido lector conteste a: ¿qué es una hipérbole?, ¿cuáles son los diferentes significados de la palabra «pena»? ¿es cierto lo que dice Alicia sobre el carácter de las personas?, ¿influye la alimentación en el comportamiento humano?, etc., etc.

El gusto por la lectura literaria, como otros hábitos culturales, se educa; y la escuela tiene la posibilidad, y me atrevería a decir que la responsabilidad, de facilitar al niño el arte literario, de potenciar la lectura creadora y de, finalmente, educar el gusto. ■

* **Felicidad Orquín** es editora y crítica literaria.

Notas:

- (1) ESCARPIT, R.: *Escritura y comunicación*, Ed. Castalia, Madrid, 1975.
- (2) TOURNIER, M.: *Viernes o la vida salvaje*, Ed. Noguer, Barcelona, 1982.
- (3) ESCARPIT, R.: *Sociología de la literatura*, Cía. Gral. Fabril Editora, Buenos Aires, 1962.
- (4) ECO, U.: *El extraño caso de la intención lectora*, El arte de leer, Revista de Occidente, Madrid, nº 69, 1987.
- (5) ISER, W.: *El acto de leer*, Ed. Taurus, Madrid, 1987.

PIRENE

COLECCIÓN
LA MALADETA

**LA PRIMERA
COLECCIÓN POLICÍACA
DE LOS CHICOS Y CHICAS**

Para lectores
de 10 a 15 años,
y adultos

En la escuela,
de 5.º a 8.º de EGB
y primeros cursos
de BUP y FP

10 TÍTULOS PUBLICADOS,
Y UN NUEVO LIBRO CADA MES

Disponibles en todas las librerías
Escuelas: Información en vuestra
librería o directamente a la editorial
Distribuye: Ítaca, S. A.

Pirene Editorial, s.a.l. ■ Ausiàs March, 16, 3r. 2a. ■ 08010 Barcelona ■ Tel. 317 86 82